

Cuatro Poetas de la Resistencia Espiritual en Colombia

Los poetas colombianos nacidos entre 1949 (Horacio Benavides) y 1990 (Omar Garzón Pinto), tienen en común la resistencia espiritual que propone la poesía frente a la barbarie de la guerra. Ellos nacen y escriben en medio de una las violencias más cruentas del continente, y sin embargo su obra poética se aparta de la reacción, para fundar una palabra “limpia, decantada, hecha de trozos de sueño ganados a una realidad que asoma cada día su rostro cruento en el espejo, pero alejada de la palabra altanera y contestataria. En su lugar, encontramos en los autores reseñados un alto valor estético, una palabra que si bien se aparta de la épica belicista, comporta en cambio un tono de angustia metafísica, de remembranza existencial, de nostalgia por la tierra. Acaso el sueño perdido en la parcela de la infancia.” (1).

Aquí una muestra de esta poesía que se resiste a la penuria.

Horacio Benavides

Nace en Bolívar Cauca en 1949. Poeta, pintor, gestor cultural, director de Talleres literarios. Ha publicado los poemarios: Orígenes, 1979; Las cosas perdidas, 1986; Agua de orilla, 1989; Sombra de agua, 1994; Sin razón florecer, 2002, Premio Nacional de Poesía IDCT de Bogotá; Todo lugar para el encuentro, 2005, Premio nacional de poesía Eduardo Cote Lamus. De Una a Otra Monta-

ña, antología, Universidad Nacional de Colombia, 2008; Bajo la hierba o el cielo, 2014. Premio Nacional de Poesía del Ministerio de cultura en 2011 con la obra La serena hierba.

Su poesía fluye transparente en verso breve que le canta a las orillas, a los orígenes, a las cosas perdidas, a la sombra, al amor, a los encuentros y desencuentros en el lenguaje de los cuerpos. Palabra esencial plena de milagros. Su andadura por el paisaje montañoso del Cauca, de la infancia, es un discurrir colmado de silencios, de profundos precipicios en la piel de la memoria, en donde habita un bestiario de luz, animado en la fábula incesante de la tierra. Horacio Benavides inquiera la violencia, no sólo la propia, la de Colombia, sino la del mundo. Nos participa en su escueto e iluminado verso la perplejidad frente a los bombardeos de Bagdad, el desconcierto ante “el poder de la tecnología ciega”. Esta sensibilidad que le permite estremecerse por igual ante temas tan distantes como la barbarie de la guerra y la ternura de un gato, el amor de la mujer y el dolor de la tierra, tal vez le sea revelada por su experiencia en talleres de poesía infantil.

Acaso en este matiz de oficio resida la mirada inocente, esa cualidad del hombre que aflora primigenia en los ojos de un niño.





El gato

El gato que duerme
es otro gato
porque a las once
es sólo sombra
El que a las tres
de la mañana cae
como sombrero lento
es porque ya no ondula
en el agua
en el desierto
El que a las seis
Busca la leche
Es porque guardó
Su oscuro sobretodo

La música que nos acelera el corazón

Guárdate

ahora que su hermosura
anda desatada
Asómate a la ventana
y sobre seguro atisba

El viento trae
el fantasma de su perfume
Escucha ya

de sus cencerros
la música que nos acelera
el corazón

